

Otra forma de emocionar: Valentina Pinelo o “La Cuarta Gracia” de las letras castellanas

Laura TINAJERO MÁRQUEZ
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Córdoba
lauratinajero.1982@gmail.com

- I. Introducción.**
- II. Breve biografía sobre la monja agustina Valentina Pinelo.**
- III. El monasterio de San Leandro de Sevilla.**
- IV. Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana.**
- V. La cuarta gracia de Lope de Vega.**
- VI. Valentía, haciendo honor a su propio nombre.**
- VII. Un solo corazón, como lema agustino.**
- VIII. Enojo ante los graciosos y falsos astrólogos.**
- IX. Conclusiones.**
- X. Bibliografía.**
- XI. Anexo: imágenes.**

"

I. INTRODUCCIÓN

Siguiendo la tradición literaria femenina que se desarrolla en castellano desde el siglo XV -cuyo uno de sus exponentes fue Teresa de Cartagena, y ya en el XVII María Jesús de Ágreda, Santa Teresa de Jesús y Sor Juana Inés de la Cruz-, Valentina Pinelo, monja agustina del monasterio de San Leandro de Sevilla, publicó en 1601 su libro hagiográfico en prosa sobre Santa Ana, la madre de la Virgen María. En esa misma obra asegura que no sólo empezó a escribirla a finales del XVI, sino que también se atrevió con la poesía componiendo un cancionero hoy día perdido y del que Lope de Vega, que la bautizó con el sobrenombre de “la Cuarta Gracia”, se deshizo en elogios.

Utilizando un estilo literario propio entre un registro tremendamente poético, excelso y erudito cuando se trata de hablar de los Padres de la Iglesia, los filósofos y los cronistas; y un registro más coloquial cuando se afana en hablar de sí misma, su experiencia como monja y de los sentimientos de admiración e incluso amor espiritual que le inspiraban tanto la vida ejemplar de Santa Ana como de su hija la Virgen María. Aun habiendo sido ingresada a una edad muy temprana en el monasterio de San Leandro de Sevilla, describe con total detalle, la importancia de entrar de niña en religión y la dicha que sentía por compartir su vida con el resto de las hermanas de la congregación agustina.

De esa manera tan personal y carismática, destacando también su deseo de haberse cultivado más en lo teológico, pero con la confianza puesta en Dios y en su gracia, nos va adentrando sutilmente en la exégesis bíblica y los pasajes del Antiguo Testamento, así como también del Nuevo, a través de símbolos, metáforas y analogías entre la vida de Santa Ana y la Virgen María con acontecimientos previos del Antiguo Testamento, describiendo no sólo la vida de éstas sino que también mostrando los paralelismos con su propia vida dentro del monasterio, como si de un espejo se tratase la vida de Santa Ana y de su hija, la madre de Jesús.

Es complicado hallar en un libro de prosa intelectual y de exégesis bíblica los “movimientos del alma” de un autor, en este caso autora. Sin embargo, la monja agustina nos deja ver entre líneas no sólo sus puntos de vista sobre

diversos temas al margen de Santa Ana, la crianza de ella y la Virgen María, y la inmaculada concepción; sino de otros asuntos relativos al papel de las mujeres en la Historia, en este caso bíblica, así como la importancia de la educación en los niños y niñas, la vida en clausura e, incluso, temas tan sorprendentes como el esoterismo, la astrología y la quiromancia que veremos en los siguientes apartados. Al fin y al cabo, ella misma afirma que al no contar con educación formal, con maestros, y ser autodidacta; utiliza la oración y meditación, así como la gracia divina, para conformar su única obra publicada.

Al no existir, más allá de los Evangelios Apócrifos y algunas crónicas, una biografía sobre Santa Ana, Valentina utiliza su imaginación, y así lo afirma, para a través de la hermenéutica de dichas fuentes, poder trazar un relato hagiográfico convincente apoyándose también, como hemos dicho anteriormente, en su experiencia como monja de clausura desde la niñez y ese sentimiento de agradecimiento a sus padres por haberle procurado una educación en la segunda orden de San Agustín.

Curiosamente lo mismo que Valentina Pinelo halló a la hora de abordar su obra, una laguna bibliográfica importante -tanto en los Evangelios canónicos como en los apócrifos-, eso mismo ha ocurrido al intentar hallar bibliografía sobre ella y darnos cuenta de que aparte de las obras que citaremos en las siguientes páginas que tratan. De hecho, uno de los pocos investigadores que estudió a esta escritora agustina, el también agustino Juan Gil Prieto, afirmó lo siguiente en 1931 refiriéndose al libro de Margarita Nelken, titulado *Escritoras españolas: "sabiamente planeada, escrita con firmeza, de criterio y amplitud de radio cultural"*, echa de menos el que no se cite a Valentina Pinelo, siendo escritora del Siglo de Oro¹. Otros de los pocos que se hacen eco de la obra de la monja escritora son los también agustinos Teófilo Aparicio López² y Andrés Lordén³. El resto, salvo en el caso de Lola Luna⁴, se muestran parcos en descripciones más allá de la referencia a los versos que Lope de Vega le dedica.

Y, aun así, para lo que nos atañe en este artículo que es hablar de las emociones en la obra de Valentina Pinelo, los datos que disponemos en otros trabajos de otros investigadores nos resultan insuficientes ya que se centran sobre todo en el prólogo de la obra y los capítulos hagiográficos y exegeticos, sin profundizar

¹ GIL PRIETO, J., "Rasgos literarios de la monja agustina Sor Valentina Pinelo", en *Vergel Agustiniano*, 37 (1931) 124.

² APARICIO LÓPEZ, T., "Doña Valentina Pinelo, poetisa y escritora mística", en *Archivo agustiniano*, vol. 86, n. 204 (2002)

³ LLORDÉN, A., "Notas acerca de la escritora y poetisa agustina Sor Valentina Pinelo", en *La Ciudad de Dios*, (1944) 156.

⁴ LUNA, L., *Sor Valentina Pinelo, intérprete de las Sagradas Escrituras*, Alicante 2017.

en los fragmentos donde Valentina Pinelo nos cuenta su punto de vista sobre asuntos que no están directamente con el tema central sino sobre sus experiencias y emociones como religiosa profesada en un convento de clausura, así como su postura ante la educación de los niños y niñas, la propia clausura, el esoterismo o la formación intelectual de las mujeres.

II. BREVE BIOGRAFÍA SOBRE LA MONJA AGUSTINA VALENTINA PINELO

Nacida en Sevilla –no se sabe con exactitud en qué año de finales del siglo XVI- y miembro de la acaudalada familia genovesa de los Pinelo, Valentina fue ingresada por sus padres, Lucas Pinelo y Francisca Francisquín, en el convento de San Leandro de Sevilla a la edad de casi cuatro años como ella bien afirma en su obra *Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana*, publicado en Sevilla en 1601. También asegura que escribió un cancionero, muy elogiado por Lope de Vega, pero del que actualmente no hay constancia de su publicación. Ella misma se autodenomina casi poeta destacando su humildad y modestia:

“y también me temo que soy medio poeta, y no sería mucho tratando de desposorios echar coplas de repente como se acostumbra en las bodas, y según desea mi alma regocijar las fiestas de la gloriosísima Ana”⁵.

Dicha familia tenía el patronato de la capilla del Pilar en la Catedral y dio a la Iglesia ilustres prebendados. Era hermana del canónigo de la Catedral de Sevilla Agustín Pinelo, un cargo que fue ostentado por miembros de la familia desde principios del XVI -como en el caso de Pedro Pinelo⁶ del cual he hallado varios documentos en el Archivo Histórico Provincial de Sevilla-, y fue también sobrina del cardenal de Roma Dominico Pinelo.

Cuando su hermano murió el 5 de abril de 1630, su albacea determinó se dieran 50 ducados para el retablo de san Agustín -el cual había sufragado la mismísima Valentina con sus bienes en 1598⁷, carácter poco común en una monja profesada y más propio de las religiosas laicas como las beatas, terceras,

⁵ PINELO, V., *Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana*, Sevilla 1601, p. 58.

⁶ AHPSPN, Leg. 2189, fol. 25v, año 1510.

⁷ Llordén, A., *Convento de San Leandro de Sevilla*, Málaga 1973, p. 64. Consúltese también: MORALES MARTÍNEZ, A. J., “Blas Hernández Bello, el retablo de San Agustín del convento sevillano de San Leandro”, en *Archivo Español de Arte* (Madrid), t. 55, n. 219 (1982) 311-315; citados por GUIJO PÉREZ, S., en *El Real Monasterio de San Leandro de Sevilla: su origen y permanencia en el tiempo*, Sevilla 2018.

emparedadas o incluso mujeres honestas con una inclinación religiosa. Eran mujeres que fueron dueñas de su patrimonio y de sus vidas dentro de las posibilidades que daba la sociedad patriarcal medieval y de principios del Renacimiento.

III. EL MONASTERIO DE SAN LEANDRO DE SEVILLA

Si algo caracteriza el monasterio donde se educó y vivió desde los casi cuatro años Valentina Pinelo, fue el carácter agustino de su fundación a mediados del siglo XIII y posteriormente, en 1516, la fusión que tuvo con las emparedadas de San Pedro,

“como un hecho transformante tanto de la comunidad de San Leandro como de su patrimonio en los últimos momentos medievales de la historia de la ciudad de Sevilla”⁸.

También, parece ser, que el monasterio contaba con otras casas de religión en la ciudad antes de la fusión con el emparedamiento de religiosas laicas. Al menos se trataría de una, la cual he hallado en el Archivo Histórico Provincial de Sevilla, que sería la de Santa Catalina de Siena en la collación de San Llorente en el año 1510⁹. Este dato, de primeras insignificante, nos da pie a una hipótesis de partida sobre el carácter de las profesas del monasterio de San Leandro al haber tenido la influencia de religiosas laicas a principios del siglo XVI¹⁰, carácter que pudo influir también en Valentina Pinelo en tanto en cuanto se percibiese a sí misma como una persona autónoma y autosuficiente dentro de las concepciones sociales de la época, y en concreto dentro de una comunidad religiosa.

⁸ GUIJO PÉREZ, S., “Orígenes del monasterio de San Leandro y su fusión con el emparedamiento de San Pedro de Sevilla. Siglos XIII-XVI” en *Historia. Instituciones. Documentos* (Sevilla), 45 (2018) 180.

⁹ AHPSEPN, Leg. 3968, fol. 365v.

¹⁰ Para el estudio de la religiosidad femenina laica a finales del siglo XV y principios del XVI, véase MIURA ANDRADES, J. M., “Algunas notas sobre las beatas andaluzas”, en *Las Mujeres en el Cristianismo medieval, Imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa* (Madrid) (1989); MIURA ANDRADES, J. M., “Formas de vida religiosa femenina en la Andalucía medieval. Emparedadas y beatas”, en *Religiosidad femenina: expectativas y realidades (SS. VIII-XVIII)* (Madrid) (1991); MUÑOZ FERNÁNDEZ, A., *Beatas y santas neocastellanas: ambivalencias de la religión y políticas correctoras del poder (SS. XIV-XVI)*, Madrid 1994; GRAÑA CID, M. M., *Beatas y comunidad cívica. Algunas claves interpretativas de la espiritualidad femenina urbana bajomedieval (Córdoba, Siglos XIV-XV)*, Madrid 2012; GRAÑA CID, M. M., “De beatas a monjas: procesos significados políticos de la institucionalización laical femenina en la Edad Media Tardía (Córdoba, 1464-1526)”, en *Las mujeres en la Edad Media, Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales* (Murcia), 3 (2013).

En el prólogo del Libro de alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana, Valentina Pinelo describe así el convento:

“y con ella las primicias de los frutos que he cogido de esta tierra, o por más bien decir, de este jardín celestial, que es este convento donde me he criado casi desde que nací; y por esta causa irá este libro en lengua castellana, y no en la de nuestra patria (Italia), pues sólo esto lleva fuera de mi gusto”¹¹.

IV. LIBRO DE LAS ALABANZAS Y EXCELENCIAS DE LA GLORIOSA SANTA ANA

El ejemplar que se conserva en la Biblioteca Nacional, con la signatura R/4464, está muy bien encuadernado en pergamino y se conserva en perfecto estado. Las medidas son exactamente: 21 x 14 cms. En portada, lleva el escudo de armas del cardenal Domenico Pinelo. Consta de 422 páginas de texto (sin paginar el reverso), nueve hojas sin numerar, las cuales contienen las Tablas de los capítulos; más otras nueve hojas donde se encuentra un curioso índice de los lugares de la sagrada Escritura, de uno y otro Testamento, que se citan en este libro, comenzando por el Génesis, con Adán y Eva como protagonistas, y terminando por El Apocalipsis, en concreto con la iconografía de la Virgen María.

Solo se conservan tres ejemplares de la obra de Valentina Pinelo. No sabemos si durante el siglo XVII hubo más o se trató de una obra destinada a las monjas del convento agustino de San Leandro exclusivamente y de ahí su corta tirada.

El texto del libro comienza por un decreto real, por el que el rey concede a Valentina Pinelo licencia “para le poder imprimir y privilegio por diez años, o como la nuestra merced suele; lo cual visto por los de nuestro Consejo”. Esta licencia, firmada por don Luis de Salazar, “por mandato del Rey nuestro Señor”, fue dada en Villacastín, el 2 de septiembre del año 1600. Sigue después la licencia del Prelado, limo. Sr. D. Rodrigo de Castro, Cardenal Arzobispo de Sevilla. Y firma dicha licencia el doctor Diego Muñoz de Ocampo. En Sevilla, 28 de febrero de 1600. Dicho índice está escrito en latín. En una última página encontramos la fe de erratas. Y el remate, que dice lo siguiente: Finís. Impreso en Sevilla, en San Leandro, Convento de Monjas de Nuestro Padre San Agustín. Por Clemente Hidalgo. Año de 1601. A continuación, la aprobación de Fray Rafael Sarmiento, expedida en el monasterio de Santa Ana del señor San Bernardo de Madrid, 31 de julio del mismo año. En esta aprobación, Fray Rafael Sarmiento dedica un elogio a la autora del libro:

¹¹ PINELO, V., *Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana*, Sevilla 1601.

“La lectura de este libro me ha traído a la memoria lo que escribe san Gregorio Nazianceno, de las alabanzas de su hermana santa Gorgonia: que suele Dios en cuerpos flacos de mujeres tiernas plantar ánimos fuertes y valientes de espíritu, mostrando que en el negocio de virtud la desigualdad está en los cuerpos, no en los ánimos: Y así ha dado muestra esta señora religiosa en este libro del noble y esclarecido ingenio, acompañado de devoción y espíritu, que Dios le ha dado. Y por no haber en él cosa malsonante, ni contra la verdad de nuestra religión, antes, muchas de erudición y curiosidad, con estilo levantado, y entretegidas cosas morales, muy a propósito de la historia, que serán de provecho a todos. Juzgo que se le debe dar la licencia que pide”.

La página siguiente contiene el bello soneto que Lope de Vega consagra a doña Valentina “Hoy la divina virgen Filomena”. Junto con otro soneto y las dos octavas reales, que versan sobre el mismo tema. A renglón seguido, viene el Prólogo, dirigido al limo, y Rvmo. Sr. D. Domenico Pinelo, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma TT. Titular de San Lorenzo en Panapema, y que lleva la fecha del 1 de febrero del citado año 1600.

La obra en sí misma, salvo otros temas que menciona, es una hagiografía erudita de la madre de la Virgen María, Santa Ana, a partir de San Mateo y Jerónimo el Cronista, incluyendo también una exégesis sobre diversos pasajes del Antiguo Testamento. Como temas principales podríamos citar la importancia de la divina concepción de Santa Ana tras años de esterilidad, así como la inmaculada concepción de la Virgen María, un aspecto que empezó a tomar notoriedad en el siglo XVI y reivindicado por religiosas concepcionistas y también agustinas como es el caso que nos ocupa.

V. LA CUARTA GRACIA DE LOPE DE VEGA

Una de las hipótesis sobre el cancionero, que afirma Valentina Pinelo que escribió, es que debió circular manuscrito por los ambientes literarios de Sevilla. De tal modo, que Lope de Vega, estando en dicha ciudad poco antes de que fuera impreso el de Santa Ana, leyó las poesías de la que luego va a llamar La cuarta Gracia¹². Lope de Vega también la cita en la obra dramática El hijo pródigo entre los personajes femeninos que él considera deben figurar en el campo de las letras:

¹² APARICIO LÓPEZ, T., “Doña Valentina Pinelo, poetisa y escritora mística”, en *Archivo agustiniano*, vol. 86, n. 204 (2002) 396.

“Doña Isabel Esforcia fue ilustrísima
 en letras y virtud,
 y en Milán, fénix;
 Doña Oliva de Nantes, Musa décima;
 Y doña Valentina de Pinelo,
 La cuarta Gracia, o verso o prosa escriba”.

En tal estima la tendría Lope de Vega y mucho la debió admirar cuando le dedicó dos sonetos y dos octavas que aparecen en el Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana:

“Celebren hoy tu ingenio, Valentina,
 ardiente estrella del sagrado Apolo,
 la cítara suave y voz divina,
 que osó subir al estrellado polo.

Y con lira sonora y peregrina entronicen tu nombre excelso y solo, entre la bella Aurora y Sol dorado, que en otra edad Atenea vio estimado”.

VI. VALENTÍA, HACIENDO HONOR A SU PROPIO NOMBRE

En el breve prólogo del Libro de alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana, Valentina Pinelo hace toda una declaración de intenciones: “ha sido valentía derivada del nombre y fortaleza más que de mujer, pues con tanto ánimo acomete vencer una dificultad como ésta”. Abierta y confiada expresa qué le ha llevado a escribir un libro de esas características y cómo se ha sentido motivada a hacerlo:

“Y digo que este brío he cobrado con la devoción de la gloriosa y bienaventurada santa Ana; y con lo dicho, pruebo que me ha dado fuerzas el amor, afecto el más valiente de todos los de nuestra alma y el que mayores hazañas emprende”.

La monja agustina añade una referencia a los posibles lectores de su obra, y les recuerda el texto latino “Quot capita, tot sententiae”, que ella misma explica perfectamente, pero con una reivindicación puramente femenina:

“no sólo no me hepreciado bachillera ni letrada, pero sabe Dios y así digo que soy poco escrituraria, o por mejor decir, lo que sé es poco más que nada. Y esta verdad me ha traído siempre acobardada y temerosa (...) y por conocer en mí el flaco sujeto de mujer (...) temiendo el

daño que ha venido a muchas personas por querer saber demasiado, mayormente en las mujeres que les es prohibido”.

Es curioso cómo ya en el prólogo hace mención a su condición de mujer y su mérito al haberse criado en clausura, sin formación, y aun así enfrentarse a tan ambiciosa obra:

“quien no juzgue mi intención, que es bueno, condenará por atrevimiento el haber osado acometer a tan alta empresa siendo mujer y sin letras y con poca habilidad y encerrada, sin comunicar con letrado ninguno jamás, de la cual verdad doy por testigo al cielo y a todo este ilustre convento que es otro cielo donde me he criado desde edad de cuatro años no cumplidos (...) No he tenido otros maestros que a Dios, ni otros cursos que las siete horas canónicas, ni otra escuela y academia que el coro”.

Continúa su alegato defendiendo su valor como escritora a pesar de su género con un carácter firme y valentía teniendo en cuenta que el estudio estaba prohibido para las mujeres de su época: “y porque yo lo soy (mujer), humildemente suplico que no pierda crédito y opinión este libro”. Añade, con toda seguridad, que no es necesario ser doctor en Teología para acometer una obra como esta sino tener la gracia divina para apoyarse en ella:

“Y a quien dijere que le falta valor por no tener un autor graduado en Santa Teología, respondo que la Sagrada Escritura tiene tanta autoridad consigo que no la puedo desautorizar yo por la fala del sujeto o por no haber estudiado. Pues cuando mi señor Dios quiere hacer maravillas, les revela a los simples lo que les esconde a los sabios (...) Y es obra suya y de su divino poder dar fuerza en una lengua bestezuela de una mujer para que le alabe y bendiga su nombre”.

Sin duda, el prólogo a esta obra es una joya de la literatura femenina por cuanto defiende a ultranza su derecho a escribir con calidad a pesar de no tener formación debido a la prohibición a su género.

En la introducción de la obra, vuelve a insistir sobre el asunto del impedimento de las mujeres al estudio, sin dejar pasar la oportunidad de poner en valor su labor como escritora aunque no sea docta en Teología:

“Había de ser la música celestial y con voces de ángeles, sino de mujer que no puede alzar la voz ni subir e punto como quisiera, pues para llevar alguna suavidad y dulzura quisiera yo ir discantando con un grano de sal de teología en la lengua, pero la voluntad, si algo vale, suplirá todas las faltas”.

Al fin y al cabo, un reconocimiento o la subversión de los roles femeninos de la época, e intento por apropiarse de un lenguaje que no reconocen los demás como propio de mujer, de su tradición o de su estado incluso religioso¹³.

Valentina demostró que era poseedora de un temperamento absolutamente literario y con un alma que se nutría de las lecturas a las que podía acceder dentro de la clausura. Sorprende los distintos registros lingüísticos en los que escribe, desde lo más culto y formal cuando se trata de interpretar o reseñar pasajes del Antiguo Testamento, así como más coloquial, y diría que valiente, cuando argumenta sobre la importancia de las mujeres en la Biblia, en las letras e incluso en el mundo en el que vive. Además, no sólo incluye sus conocimientos sobre teología de los Padres de la Iglesia, sino que también se atreve con los filósofos clásicos, de ahí que se denote una formación amplia, aunque autodidacta. Incluso el latín le debía resultar familiar puesto que glosa en dicho idioma. Más que una hagiografía de Santa Ana, incluso de la Virgen María, pareciera un pretexto para describir su vida ya que las referencias a la formación autodidacta de Santa Ana y, por otra parte, la entrada en el templo de la Virgen Niña, justo a la misma edad que Valentina, son constantes a lo largo de todo el libro; de ahí que parezca como si Valentina se viera reflejada en el espejo y en la vida de la madre de María y en la propia Virgen.

Sin embargo, lo que más llama la atención son esas reflexiones propias que introduce al margen de la temática central del libro, como son el matrilineaje de Jesús ignorado según su punto de vista en el Evangelio de Mateo. De hecho, reivindica así el papel de la mujer en la creación de las generaciones, tal como ella lo expresa en varias partes de su libro:

“especialmente cuando las mujeres eran primogénitas herederas, a quien pertenecía mayorazgo, por no tener hermanos varones, así como la Virgen santísima, a quien pertenecía la herencia de sus padres por ser primogénita (...) Había también en la ley, que las generaciones no se habían de contar sino por los varones, no haciendo jamás memoria de mujer, sino fuese habiendo sido muy notables, o por muy malas o por muy buenas (...) cuatro mujeres que nombra el Evangelio fue por haber habido en ellas culpa acerca de levantar la generación y por haber tenido hijos por diversos acaecimientos: Tamar (por mentirosa), Raab (por ramera), Bersabé (por adúltera) y Rut (por pecadora)”¹⁴.

¹³ LUNA, L., *Sor Valentina Pinelo, intérprete de las Sagradas Escrituras*, Alicante 2017, p. 93.

¹⁴ PINELO, V., *Libro de las alabanzas...*, Sevilla 1601, pp. 7-357. A continuación, se irán citando pasajes de la obra.

Por otra parte, yéndonos al tema central de libro, cuando describe a Santa Ana pareciera que hablase de sí misma. Ya en el capítulo primero de la primera parte -son cuatro en total- afirma cómo Estolano y Emereciana, padres de Santa Ana, criaron a su hija de forma virtuosa y ella creció “regida por el consejo divino y por el de sus padres” y acompaña el relato con una gran cantidad de adjetivos como piadosa, limosnera, generosa, prudente, sabia, valerosa, humilde... Insiste durante toda la obra en la consagración de la Virgen María al señor desde la más tierna infancia. Es, sin duda, en cierto modo una autobiografía utilizando para ello las hagiografías de la abuela y la madre de Dios.

De la Virgen María antepone la gracia de Dios a su formación, como haría consigo misma desde el Prólogo de la obra:

“lumbera de los Patriarcas y Profetas, Maestra de los Apóstoles, ejemplo y fortaleza de los Mártires, Capitana de las Vírgenes, más sabia que todos los confesores y doctores (por muy sabios que hayan sido), aunque sea un divino Agustino, que tiene por propio nombre luz de los Doctores, y aprendió sin maestro, ella lo fue de todos, y más elegante y más erudita que todos los Predicadores, aunque sea un San Pablo...”.

De Santa Ana afirma que es “valerosa y diestra capitana y una mano las armas y en otra el escudo: por una parte orando, por otra acudiendo a los que habían menester”. Este despliegue de innumerables epítetos, sobre todo los referidos normalmente a los varones, imprime a esta obra de una carga importante de reivindicación femenina con el objetivo de darle protagonismo a las mujeres que no fueron suficientemente sujetos activos en los textos bíblicos.

Valentina termina expresando sus sentimientos hacia Santa Ana y su ejemplo, de forma clara y abierta justo a la mitad del libro, diciendo de sí misma que se siente apasionada por el amor que le tiene la abuela de Jesús, y por esa razón dedica un capítulo a San Joaquín, su esposo.

VII. UN SOLO CORAZÓN, COMO LEMA AGUSTINO

Es curiosa la analogía que usa constantemente Valentina Pinelo del convento de San Leandro de Sevilla con libro del Antiguo Testamento El cantar de los cantares, algo que sería utilizado también por otros escritores místicos. Para ello identifica a la Reina de Saba como vergel y huerto cerrado, como “casa que se comunicaba con el cielo”, misma metáfora que usa para describir su monasterio en el Prólogo de su libro. El Cantar de los Cantares, que narra los amores entre el Rey Salomón y la Reina de Saba, repleto de metáforas sobre el amor divino y el amor humano, es una gran fuente de inspiración y documentación para la monja

agustina, pleno de simbolismo y lirismo, que le viene como anillo al dedo para poder describir de forma más acertada lo que ella sentía siendo monja de clausura. Y no lo hace desde la tristeza de un abandono por parte de sus padres a la edad de casi cuatro años, sino como una gran oportunidad que la haría centrarse en Dios y en ella misma, cosa que no podría hacer en el mundo.

Atendiendo a las reglas de San Agustín y a la forma de vida de su convento, describe certeramente la importancia de la humildad en las religiosas para que reine la paz y vivan todas en un corazón, y lo negativo de la soberbia en una congregación, a través de la granada como símbolo de la quietud y paz: “granos colorados todos juntos”. Y Continúa citando uno de los proverbios bíblicos: “no había granada por linda que fuese que no tuviese algún grano malo y podrido (...) Dios no permita entrarse en la religión la soberbia haría el efecto que hizo en el cielo, que por uno se destruyeron todos (...) cualquier alma es por la soberbia maldita”. Utilizando un lenguaje más coloquial, ya que alterna varios registros para hacerse entender a la vez que demostrar su dominio de la lengua castellana, remata lo concerniente a la observancia de la regla con el símil: “No quiera Dios que por ninguna religiosa se diga: veo barba de Filósofo y no veo filosofía ni ciencia”.

A través de un simbolismo tremendamente pictórico podríamos decir, expresa de esta forma tan bella que la paciencia “es como la estrella que a medio día no aparece y de noche descubre su luz, en las tribulaciones y en las adversidades, que son los nublados y las nubes oscuras que cubren el corazón, entonces ha de resplandecer la luz de la divina gracia que mora en el alma del justo”. Y compara esta virtud con el amor carnal, curiosamente sin haberlo vivido debido a su estado de religión en clausura: “Cuan laxos queda de esto los deleites y contentos humanos comparados a un rato de tribulación amorosa, que son pruebas para que el amor ardiente en la fragua salga subido de quilates y su valor más bien probado y más cierto”. Y remata sabiamente con el amor divino: “donde Dios se hace desear a sus amigos, suelen mejorarse los frutos con grandes ventajas”; en definitiva, lo bueno, el amor de Dios, se hace esperar.

Volviendo a la vida conventual, a través de una analogía entre el templo donde fue consagrada la Virgen María desde la más tierna infancia, explica cómo es su propio convento, ya que otro no conoció más que el de San Leandro. Explica que la Virgen fue entregada al templo, que era un colegio de vírgenes, de hijas nobles, en especial las primogénitas, “hasta que tenían la edad de casar, y otras estaban allí todos los días de su vida. Era en alguna manera como convento de Religiosas”. Allí discurrían los días en oración perpetua, ejercicios santos, trabajos de manos, lección devota y oración continua; e incluso “había maestros para enseñar a las que no sabían”.

Incluso Valentina explica que en el templo donde estuvo recogida la Virgen hasta desposarse con San José estaban apartadas las doncellas de las casadas y viudas, que eran lugares apartados y honestos sin riesgo de la honra de las mujeres; aunque según la monja agustina ella afirma que esto fue descrito por Josefo, quizás para enmascarar de alguna manera que estaba describiendo realmente su convento. Por tanto, “para guardar un alma que está dedicada a Dios, bien es menester el recogimiento”.

Para Valentina, entrar en el convento desde una edad tan temprana es motivo de alegría y dicha para los padres y también una gran ventaja para las niñas que entran en religión según sus vivencias: “desde la niñez, de lo cual trataré adelante, que puedo muy bien alargarme y hablar de experiencia y de ciencia”. Según la monja agustina, en niñas pequeñas “imprime Dios en ellas más fácilmente su ley y sagradas costumbres. Y si la ley de Dios es yugo, ha de comenzar a llevar desde la niñez, porque después no se les haga de más y pesada”. Para ello usa argumentos de autoridad, en este caso dos filósofos, para justificar su punto de vista: según Aristóteles, los animales salvajes si son criados desde bien pequeños, se convierten en domésticos. También cita a Platón cuando afirma: “es cosa cierta que los niños y niñas (...) buenas o malas costumbres que aprenden de sus padres o de los maestros y de las compañías con quien andan”. Especialmente sorprende la afirmación de Valentina Pinelo, sin caer en presentismos, que asegura que “las niñas toman la mortificación, el encierro y la penitencia como una fiesta, sirven todo lo que las manden”. Podríamos decir desde nuestra visión del mundo en pleno siglo XXI que las palabras de Valentina Pinelo a este respecto son una crueldad, pero hay que tener en cuenta el contexto en el que ella se crio y que al no conocer otra vida que la clausura, una vida rutinaria quizás, debemos entender que los días de mortificación, ayuno, penitencia y encierro correspondían con fechas determinadas como Cuaresma, Semana Santa o días determinados de cada mes, además de festividades propias de la orden religiosa.

VIII. ENOJO ANTE LOS GRACIOSOS Y LOS FALSOS ASTRÓLOGOS

No sólo vemos en este libro referencias a los asuntos santos, a la vida en clausura o interpretaciones o exégesis de La Biblia; sino que también podemos acercarnos a él como un libro en ciertos capítulos esotérico, ya que Valentina Pinelo hace un análisis muy interesante sobre las fechas de nacimiento de la Virgen María, por ejemplo, el 8 de septiembre, y el signo del zodiaco virgo, o la analogía entre el Dios del Antiguo Testamento como un fiero león vengativo y el Dios del Nuevo Testamento, con Cristo Jesús como Sol, como cordero manso, como signo de capricornio. Resumiendo, Valentina subraya que “(...) estas cosas naturales sirven como de molde para las sobrenaturales”.

Más adelante Valentina retoma el asunto de la astrología, pero para arremeter con fiereza contra los falsos astrólogos, los nigromantes, los adivinos e incluso contra los quiromantes que leen las líneas de la mano -aunque ella afirma haber intentado aprender con libros tanto antiguos como modernos-, llamándoles “graciosos” o que dicen estar llenos de la gracia de Dios para aprovecharse económicamente de los ignorantes: “como del cristiano necio que lo cree, y se huelga tanto de oír estas mentiras, que de una desventurada gitana mentirosa gusta que le vea la mano y le diga lo que quisiere”.

IX. CONCLUSIONES

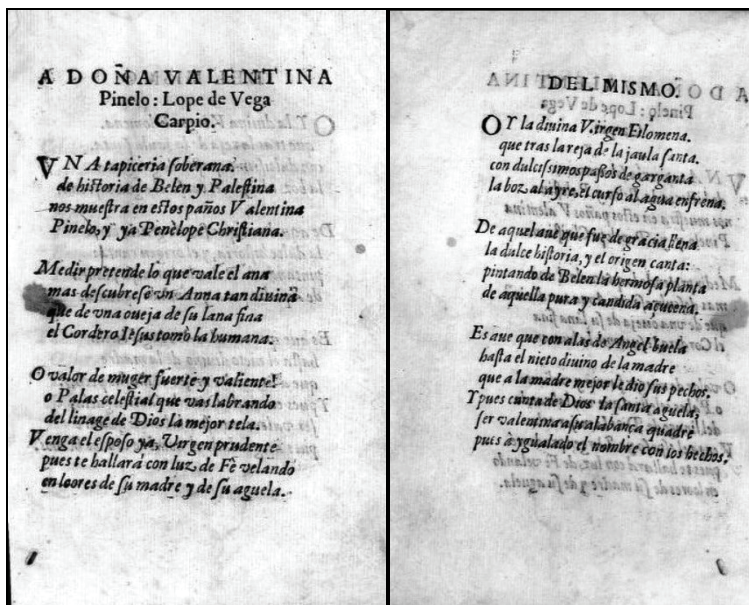
Es curioso cómo una obra de tal envergadura y contenido no haya sido parte de los contenidos de los planes de estudio de Educación Secundaria -como lo son las obras de otros místicos y místicas entre los que están Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz o sor Juana Inés de la Cruz-, aun habiendo formado parte de la nómina de escritores y escritoras del Siglo de Oro, y admirada por el mismísimo Lope de Vega. Tampoco vemos que sus reflexiones sobre la mujer y la necesidad de formación académica, a pesar de estar prohibido en su época, hayan tenido una mínima difusión en la actualidad, al margen de la breve bibliografía aquí citada.

Es por ello por lo que doña Valentina Pinelo merece ser reconocida en la actualidad y divulgada su obra para el conocimiento de todos, y no sólo de los académicos y de los investigadores que nos dedicamos a estudios de índole religiosa. En mi caso, la descubrí de casualidad en una breve descripción realizada por Santiago Montoto en su libro *Esquinas y conventos de Sevilla*, año 1983.

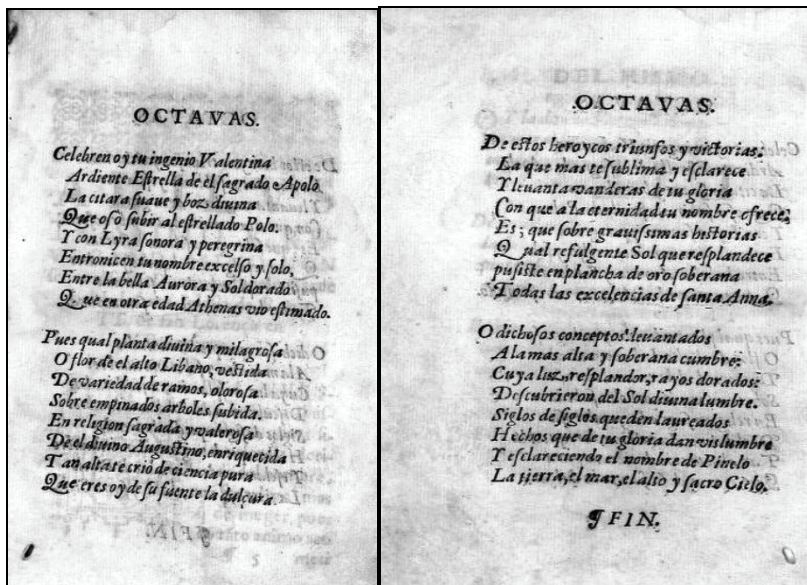
Su libro no es sólo una hagiografía ni tampoco solo una exégesis bíblica, es también un libro reivindicativo del papel de la mujer en las letras y en la Historia bíblica, así como un acercamiento a la realidad de una época de cambios como fue finales del siglo XVI y principios del XVII con la aplicación de diversas reformas en lo religioso y en lo social debido a la influencia del Concilio de Trento. Y, en definitiva, la obra de una monja profesora en un convento de clausura con una visión muy clara y sincera sobre la realidad de su época dentro del monasterio y fuera de él; su pasión y admiración a Santa Ana, su devoción y reivindicación de la inmaculada concepción de María, así como su gozo y agradecimiento a sus padres por haberla ingresado en religión desde niña, así como su dicha de haber sido agraciada por Dios para cumplir con su propósito como monja y como escritora.

X. BIBLIOGRAFÍA

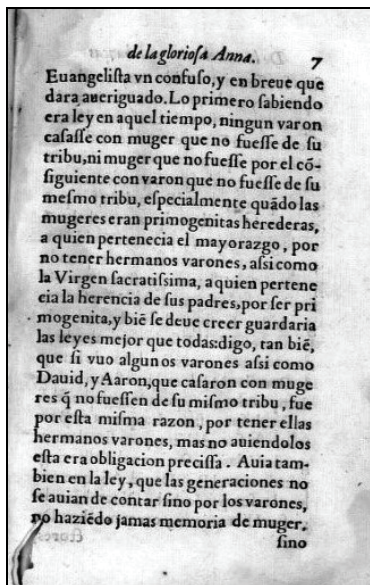
- APARICIO LÓPEZ, T., “Doña Valentina Pinelo, poetisa y escritora mística”, en *Archivo agustiniano*, vol. 86, n. 204 (2002).
- GIL PRIETO, J., “Rasgos literarios de la monja agustina Sor Valentina Pinelo”, en *Vergel Agustiniano*, 37 (1931).
- GUIJO PÉREZ, S., *El Real Monasterio de San Leandro de Sevilla: su origen y permanencia en el tiempo*, Sevilla 2018.
- GUIJO PÉREZ, S., “Orígenes del monasterio de San Leandro y su fusión con el emparedamiento de San Pedro de Sevilla. Siglos XIII-XVI” en *Historia. Instituciones. Documentos* (Sevilla), 45 (2018).
- LUNA, L., *Sor Valentina Pinelo, intérprete de las Sagradas Escrituras*, Alicante 2017.
- MONTOTO, S., *Esquinas y conventos*, Sevilla 1983.
- PINELO, V., *Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana*, Sevilla 1601.



Sonetos de Lope de Vega dedicados a Valentina Pinelo y publicados en el Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana.



Octavas de Lope de Vega dedicadas a Valentina Pinelo publicadas en el Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana.



La reivindicación de Valentina Pinelo sobre el matrilinaje de Jesús ausente en el Evangelio de San Mateo que aparece en la página 7 del Libro de las alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana.